

26

NOVELA FOX

Policía sin esposas

Nancy Drexel
Farrell Mac Donald
David Rollins



La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Paseo Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 18551

Año II N.º 26

POLICIA SIN ESPOSAS

Divertida comedia, interpretada por

Farrell Mac Donald, Nancy Drexell,

David Rollins y Louise Fazenda



SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

POLICIA SIN ESPOSAS

Argumento de la Película

El guardia Riley había sido un excelente agente durante dos docenas de años... Aun estaba por hacer su primer arresto.

Tenía su puesto de vigilancia en una de las calles más populosas de un barrio de Nueva York y era amado por todos, por su carácter apacible y bonachón.

Todas las mañanas el sargento pasaba revista a su compañía y Riley había sido amonestado más de una vez.

—Señor Riley, procure usted adoptar una actitud más armoniosa, un aire más militar, como el de su compañero Krausmeyer...

Riley calló, pero dirigió una mirada enérgica al aludido camarada. Krausmeyer vigilaba un barrio cercano y ambos hombres se tenían bastante antipatía.

Terminada la revista, cada policía fué hacia

su destino. Y el buenazo de Riley se dirigió a su puesto, sonriendo a todo el mundo, con gran amabilidad.

Los muchachitos del barrio le rodearon y él, muy amante de la limpieza, les hizo quedar en ropa menorse y con una boca de riego les obligó a tomar un baño en plena vía pública, ante el asombro y las risas de los transeúntes.

Acudió el sargento y le riñó por su proceder.

—Repórtese usted, Riley... Y vaya a limpiarse las botas que lleva manchadas de barro.

Fué Riley a un limpiabotas quien en la dimensión de los pies conoció que aquel hombre hacía verdadero honor a la policía norteamericana.

Riley no le pagó el servicio, diciéndole:

—No voy a ofenderte ofreciéndote dinero por este trabajo. Aquí tienes un par de billetes para el baile del Cuerpo de Policía.

Y le dió los billetes y le hizo pagar su importe. Luego contento de su hazaña siguió caminando por el barrio.

Se detuvo sonriente en medio de la calle al ver a una pareja joven que hablaba con gran interés.

Ella era Mary, una simpática vecinita, él era David Collis, dependiente de una tienda de panadería del barrio.

El muchacho enseñándole una cajita, en la que había un corazón de mazapán, le dijo:

—Lo mandé hacer especialmente para ti. ¿Verdad que no te ríes?

—¡Oh, ni pensarlo, David mío!

Riley se acercó a ellos y les abrazó suavemente.

—¡Hola, buenas piezas!... ¿Cómo va ese amor?

—Es cada vez más fuerte, señor Riley.

—Bien... bien... estáis ya en edad de pensar en casaros. ¡Ah... cómo pasa la vida!... Vosotros vais a ser felices en el momento en que pienso en retirarme de mi profesión policiaca. ¡Vaya... y qué cosa tan buena es el matrimonio!

—Pero, señor Riley, ¡si usted no es casado! —dijo Mary.

—Es verdad... pero es una cosa muy buena para los que gustan de él.

Salió de una tienda cercana un muchacho e hizo señas a David para que fuera hacia él.

—¡Anda! —dijo el policía—¡Ahí te llama el celoso del hijo de tu jefe, David!

Y David, despidiéndose de ellos, se dirigió a la tienda donde Frey, el hijo del dueño, le público.

amenestó por perder el tiempo en la vía Riley siguió su camino.

Llegó hasta los límites del barrio vigilado por Krausmeyer y se rió al oír el rapapolvo que el sargento daba a su camarada por permitir que hubiese en su demarcación carritos de mano.

—Ya sabe usted que hay una ley contra los carros de mano. ¿Por qué no la hace cumplir como lo hace Riley?



—...qué cosa tan buena es el matrimonio!

Este, ufano y contento de aquel momentáneo éxito, lanzó una mirada despectiva a Krausmeyer y continuó su camino.

Por la noche, terminado su trabajo, David encontró a Mary en la calle. Y ella le dijo:

—Mi tía Enima quiere llevarme consigo a Europa la semana próxima...

—Entonces, ¿no podremos casarnos este verano? —dijo él, temeroso.

—Tendremos que esperar unos cuantos meses más. En cambio, pasarán años antes de que podamos ir juntos a Europa.

Ella hablaba con cierta displicencia y David se indignó.

—Eres una egoísta —le dijo—. Después de que he ahorrado todo para comprar los muebles...

—No sé qué decirte, pero un viaje a Europa no se presenta todos los días.

Se despidieron con melancolía... David presentía que iba a perder para siempre aquel amor.

Mary por el camino encontró a Frey y éste la invitó a dar un paseo en su automóvil.

Ella aceptó y en la delicia de aquel paseo nocturno creyó ver un anticipo de su vida de placer en Europa.

* * *

Y el verano encontró a Mary de excursión por Europa... y a David aun en la panadería.

Una mañana, Frey entregó a David una tarjeta postal.

—Una tarjeta de Mary desde Alemania —suspiró David, con romántica admiración, pues a pesar de las diferencias que había tenido con motivo de aquel viaje, seguía enamorado de Mary.

Era la fotografía de una iglesia y había escrito en el dorso estas líneas:

“Ayer asistí a una boda en esta iglesia de la postal, la capilla más bonita que puedes imaginarte. Ojalá estuvieras a mi lado. Tu Mary”.

Leyó varias veces aquellas líneas y Frey, burlón y celoso, se le acercó y le entregó un sobre.

—Aquí está el dinero de tu sueldo —le dijo—. ¡No vayas a gastártelo todo en enviarle apasionados cables a Mary!

—¡Oh, señor Frey!... ¿cuánto es lo que cuesta el viaje a Alemania?

—Más de lo que tienes, David... A menos que lo hayas estado ahorrando todo,

David se alejó para soñar en cosas casi imposibles...

Mientras tanto, Riley reñía por el barrio a unos muchachos que habían improvisado un juego de golf. Pero como los chiquillos le hablaron de lo interesante que era aquel deporte, Riley quiso echar también una pelota, con tan mala estrella que fué a romper el cristal del escaparate de Frey.

Echó a correr con los chicuelos a tiempo que les decía:

—¡Idos en seguida de aquí!... ¡Jugad en el barrio de Krausmeyer hasta que ésto haya pasado!

Desaparecieron los traviesos golfillos y Riley ya más sereno se dirigió a la panadería, pues Frey y su hijo le llamaban.

Ninguno de los dos sospechaba que había sido el guardia, el autor de la "bromita", atribuyendo toda la responsabilidad a la chiquería.

Acudió a la tienda.

En ella, Frey le dijo:

—Nos ocurren grandes cosas... Un escaparate roto... Y además el contable acaba de descubrir un déficit de cinco mil dólares en los libros de cobros.

—¡Caramba!

—¡Es horrible! ¡Esas cosas no ocurren en el barrio de Krausmeyer!

—¡Calma... calma!... — dijo el guardia. — ¡Un momento! ¿Qué misterio quieren ustedes que les aclare primero?... ¿El del escaparate o el de los cinco mil dólares?

—Todos... todos....

Riley marchó dispuesto a descubrir el autor o autores de la substracción.

Al pasar ante una agencia de viajes, vió con gran sorpresa a David que hablaba con un dependiente de la misma.

Se detuvo y escuchó que David preguntaba:

—Deseo algunos informes sobre el pasaje a Alemania.

El empleado se los proporcionó y David tomó un pasaje para el extranjero.

Extrañas sospechas cruzaron el ánimo del policía, pero era tan amigo de David que nada le quiso preguntar, pensando que seguramente nada tenía que ver el joven con la desaparición del dinero. Aunque... aquel próximo e inesperado viaje...

No volvió a acordarse de David durante unas semanas hasta que fué llamado un día a la jefatura de policía.

El jefe le miró con cierta severidad y le dijo:

—El panaderito ése de su barrio, David Co-

llins, ha sido arrestado en Alemania.

El policía tembló... ¡Aquel muchacho era pues, ladrón! Pero, ¿por qué había cometido aquella locura?

—Riley — siguió diciendo el jefe—. He escogido a usted para que vaya a Europa a recoger al prisionero.

—¿Yo a Europa? ¡Bravo... bien!...

Y la idea de aquel viajecito, aunque fuera por causa tan triste, le sentó a las mil maravillas.

Fué luego felicitado por sus compañeros y uno de ellos le dijo:

—Riley, tengo entendido que en Munich, hacen una espléndida cerveza... y ahí no está prohibida por la ley.

—¿Por qué no se dejaría el muchacho detener en Irlanda? — dijo Riley que era oriundo de la verde isla.

Y pocos días después embarcaba con rumbo a Europa.

¡Lo que pensaba divertirse en el Viejo Mundo!

* * *

Llegó semanas más tarde a Munich, uno de los lugares más floridos de la tierra... pero más célebre por su cerveza que por sus flores.

Se dirigió a la jefatura de policía y dijo al comisario:

—Aquí están los documentos de extradición de David Collins al que busca por robo la policía de Nueva York.

Examinaron los documentos, que estaban en regla.

El jefe llamó a un policía.

—Krausmeyer, acompaña al señor a la prisión.

Cuando Riley escuchó aquel odiado apellido, tembló de indignación. Le dirigió al policía varios insultos en inglés y contento de haberse vengado de un tocayo de aquel antipático agente de América, entró en la celda donde estaba el desgraciado David.

—Señor Riley! — dijo el dependiente, echándose en sus brazos.

—¡Pobre David! — contestó el policía conmovido y pensando en por qué circunstancias aquel muchacho habría llegado a ser ladrón.

—Señor Riley, no fuí yo quien tomó ese dinero! Lléveme usted a Nueva York y allí descubriremos toda la verdad... Le juro que soy inocente.

—Sí, muchacho, tampoco yo creo que tú seas el culpable... Cuando lleguemos a América, se descubrirá todo... Pero ¿quién creen ustedes que es este joven? — dijo a los policías

alemanes—. ¡Quítense en seguida las esposas!

Así lo hicieron y momentos después, Riley y David se encontraban en la vía pública.

—David, hijo mío — le dijo el policía—, estoy seguro de que eres inocente... pero tienes que prometerme que no intentarás fugarte.

—¡Se lo prometo!

—Bien, muchacho. Y antes de probar tu inocencia, procurémonos algún inocente pasatiempo. ¿No te parece?

Y como Riley tenía unas ganas enormes de divertirse y de aprovechar la ganguita del viaje, se dirigió con David a uno de los más afamados restaurantes de Munich.

—Hay que vivir un poco, querido. Por algo me he comprado este chaquet y este sombrero de copa gris que me está a las mil maravillas...

David no quiso sentarse, prefiriendo permanecer junto a la pared. La vergüenza de su situación le acobardaba.

Pero Riley pronto tomó asiento y en el acto vino a sentarse a su lado una muchacha de dorado cabello. Era una camarera, quien le sirvió luego varias grandes jarras de cerveza.

—Toda mi vida he buscado a una niña como tú... por no mencionar ahora la cerveza—dijo Riley.

Ella sonrió.

—Si hablaras yo tu lengua, te diría lo que se agita en mi alma — continuó el guardia.

—¡Vaya, vaya! — contestó la rubia, sonriente—. Si yo conozco mucho el inglés. Si he servido de camarera en los Estados Unidos...

—¡Encantado!

Ella le envolvió en una mirada de interés y contemplando sus pies desmesuradamente grandes, agregó:

—... y adoro a los policías.

—¡Qué penetración la tuya, chiquilla!... ¿Cómo te llamas?

—Lina.

—Bonito nombre.

Siguieron charlando por los codos y bebiendo bock tras bock. David, cansado de esperar se presentó ante Riley y le dijo:

—No olvida usted que soy su prisionero, señor Riley. Cuide de no perderme.

—No tengo miedo... Confío en tu palabra.

En aquel momento entraron unos policías y Riley creyendo que se encontraba en Norteamérica escondió por instinto las jarras de cerveza bajo la mesa.

—¡Calma! — dijo—. Si quieren arrestarnos, yo hablaré con estos señores.

Un policía saludándole militarmente hasta que Riley le obligó a bajar el brazo, le entregó un telegrama.

David se había sentado mientras tanto junto a la camarera y Riley le obligó a apartarse.

¡Cuidado, niño! ¡La plaza estaba ya bien ganada!

—Léeme esto, David—le dijo—. Me olvidé de los anteojos.

El muchacho leyó.

“Guardia Riley.

“Al cuidado Comandante de Policía de Múnich, Alemania.

“Ampliación licencia negada. Embarque en Havre con prisionero jueves próximo bajo pena de suspensión.

Murlock, Comandante”.

—¿Ve usted? — dijo David—. Tenemos que tomar el próximo tren para París que sale dentro de una hora.

—Es verdad... Ve a buscar un coche, David, mientras yo acabo de beber otras jarras.

Riley estaba ya que casi no se tenía en pie. La falta de costumbre en el beber, le había puesto hecho una cuba y hablaba con la incoherencia de los borrachos.

Y bebía aún más...

—¡Tengo que dejarte, Lina!... La obligación es primero que la devoción.

—Pero la camarera que era una ingenua y una buena muchacha, le dijo malhumorada:

—Cuando principiaba ya a dejarme convenir por tus dulces palabras, me dejas.

—Pobrecita!

Mientras tanto, David había alquilado un coche, pero al ir a subir a él, lanzó un grito viendo a dos mujeres que cruzaban por el otro lado de la calle.



—No olvide usted que soy su prisionero.

Una de llas era su novia.

—¡Mary... Mary!—dijo, pretendiendo ir allá. Pero el cochero le agarró con toda energía, impidiéndole la marcha.

—Perdón, joven, pero "ya" ha alquilado mi coche.

Mary desapareció sin darse cuenta de la presencia del joven, y éste contempló enfurecido al cochero.

—Me ha hecho usted perder a mi novia... ¡Y es la primera vez que la veo desde que llegué a Europa!

—¿Y qué quiere usted que yo le diga?

Mary y su tía, ajenas a lo ocurrido, se dirigieron a la estación para tomar el tren de París.

Viendo David que Riley no salía, volvió al restaurán con ánimo de arrastrarle fuera, pues deseaba regresar a los Estados Unidos, no sólo porque él pensaba que allá en Nueva York conseguiría demostrar de modo claro su inocencia, sino también para que el policía no se perjudicase.

Riley se paseaba por el restaurán aceptando nuevas invitaciones de cerveza.

Unos estudiantes le saludaron cordialmente..

David acercóse a Lina y le preguntó dónde estaba Riley... Parecía mentira que ese hombre no sentara la cabeza.

No tardó el policía en reaparecer y le obligó a separarse de la camarera.

—David, eres muy joven todavía para andar entre mujeres... y yo por el contrario, todavía

no soy viejo... ¿verdad, Lina, amor mío? Sí, Lina, estoy enamorado de tus ojos azules, del oro de tus rizos... de las rosas de tus mejillas.

Pero ella no escuchaba tales ternezas, disgustada porque Riley bebía demasiado.

—No olvide usted que soy su prisionero— le dijo David—. Tiene usted que seguirme.

—Bien que lo sé.

Pero en aquel momento apareció en el escenario una orquesta.

—¡Quiero quedarme! — dijo Riley.

—Si perdemos el tren, señor Riley, es probable que pierda su empleo.

Pero Riley se entusiasmó contemplando a los músicos que le dijeron eran trovadores del Club Musical de la Policía y quiso permanecer allí.

Borracho perdido se dirigió al escenario pretendiendo abrazar a los que consideraba sus compañeros. Pero éstos le rechazaron furiosos y comenzó a armarse pendencia en la que intervinieron los estudiantes a favor de Riley y acaso aquello hubiera acabado mal, de no llegar oportunamente varios agentes quienes pusieron fin a la discusión.

Riley subió con David y unos guardias al coche haciéndose conducir a la estación.

En la confusión, Lina perdió de vista a aque-

llos hombres y se dirigió también velozmente a ver salir el tren.

Cuando Riley y sus acompañantes llegaron a la estación, el tren último para París había ya marchado.

—Pues es preciso salir—dijo David—. ¿Llegaremos a tiempo tomando el aeroplano?

—¡Sí, señor!...

Se dirigieron hacia el aeródromo.

El avión para París estaba a punto de marchar.

Riley se despidió de los buenos amigos de la policía alemana y entró en la cabina del avión.

Pronto las hélices comenzaron a funcionar... Riley, dijo:

—David, me parece que me he olvidado de algo...

—No se preocupe...

—Sí, ahora me acuerdo. He olvidado a Lina, mi amada camarera... Pero, ¡allá está, Lina!

En uno de los pabellones se encontraba la linda camarera que acababa de llegar en coche al aeródromo y miraba ahora detrás de los cristales.

Se dijeron adiós, pero ya no podían reunirse...

El avión se elevó majestuosamente y pronto no fué más que un punto negro en el espacio.

Lina quedó llorando pero se propuso ir a la capital de Francia.

¡Ella no dejaba al hombre del que se había enamorado!

Horas después, nuestro policía y su prisionero llegaban a París, cuya avenida principal para los turistas yanquis es la Rue de la Mañana Siguiente.

Desde el aeródromo a la estación hicieron el viaje en automóvil. David, dada la premura del tiempo, tenía mucha prisa... En cambio, Riley hubiera querido permanecer un rato largo en la Villa Luz.

—Pero no vamos a detenernos a tomar siquiera un barril de leche... o alguna cosa? —le dijo.

—No disponemos sino de cinco minutos para alcanzar el tren del Havre — contestó el joven.

Y quieras o no, le obligó a entrar en la estación.

Junto a la puerta de entrada unos policías franceses le miraron de pies a cabeza y descubriendo las enormes dimensiones de los zapatos y cierto aire inconfundible, le llamaron:

—¡Monsieur le policía!

Saludóles Ritey, pero David le arrastró hacia el andén.

Mientras el joven iba a tomar billete, él aguardó contemplando a los viajeros que se despedían de sus familiares.

Vió a una hermosa dama enlutada, muy bella por cierto, que besaba en la boca a una porción de caballeros, casi sin mirarles.

Riley, ni corto ni perezoso, y despejado ya de la borrachera alemana, se dirigió hacia la desconocida, y como si fuese un parente más, le estampó también un sonoro beso en los labios.

Luego ante el asombro general, saludó y fué a reunirse con David, quien estaba desalentado.

—El tren para El Havre no sale hasta mañana—le dijo el joven.

—¡Magnífico! Pero, ¿por qué no haberlo dicho antes?

Y salió rápidamente de la estación con el ánimo de pasar unas horas maravillosas en París.

Unos gendarmes se le acercaron.

—¡Monsieur, hermano policía!—le dijo uno

—¡París es suyo!... En todas partes se hallará usted bajo nuestra protección.

—¡Admirable... admirable!... Quiero dar una vuelta por París...

Llamaron un desvencijado taxi y el chofer se deshizo en reverencias y elogios hacia la persona de su cliente americano, tan bien recomendado por la policía.

Iba ya a marchar cuando David, que le había perdido de vista en el andén, salió y le encontró en el automóvil.

—¡Señor Riley, señor Riley! — le dijo.

—Nos veremos mañana en el tren, David—le contestó...— y no olvides que eres mi prisionero.

Y sin que el joven pudiera evitarlo, el taxi desapareció entre extraordinaria humareda.

El chofer, que era hombre muy aprovechado y vivo y que conocía bien a los inocentes turistas, le hizo visitar todo París, captándose en seguida su confianza por sus interesantes informaciones.

Riley le invitó a cenar en uno de los mejores restaurantes... El chofer, aceptó, encantado de tanta amabilidad.

Poco después se encontraban ambos hombres en uno de los más caros cabarets de París...

Riley tenía algún dinero pero en aquella excursión estaba gastando no sólo la consignación del gobierno, sino sus propios ahorros.

El chofer se hizo servir lo mejor de lo mejor,

mientras Riley con un par de botellas de champaña tuvo bastante.

Bebió abundantemente y su cabeza dió muchas vueltas, agitada por el continuo mareo.

Varias bailarinas alegraron con su ritmo y su animación el restaurán, pero la mente embriagada de Riley no veía más que una confusión de mujeres que parecían pisarse.

—No me gusta! — dijo —. Vemos cosas mejores en el baile del Cuerpo de Policía.

Siguió bebiendo más y más y el chofer se aprovechó de aquella situación para que le comprase por buena cantidad el desvencijado automóvil, que un soplo de viento hubiera podido quebrar.

Después... la juerguecita siguió por todo lo alto.

Y muy avanzada la madrugada, unos brazos compasivos le llevaron suavemente a un cuarto de hotel.

Despertó ya muy entrada la mañana. Su sorpresa fué grande al ver unos policías y dos hermosas mujeres envueltas en mantón de Manila que se hallaban ante él.

—¿Cómo amaneció usted, amigo mío? — le dijo un policía.

—Bien... bien... pero, ¿quiénes son estas señoras?...

—Permitame usted presentarle a estas encantadoras jóvenes... Son agentes secretos que le acompañaron anoche hasta aquí.

Sonrió Riley y las mujeres y los gendarmes se despidieron del guardia norteamericano.

Este comprendió que era preciso marchar cuanto antes...

Levantóse...

Momentos después entró en la estancia, Lina, la camarera alemana que había llegado aquella mañana y averiguó tras muchos esfuerzos el paradero de su amigo. Vió salir de la habitación del guardia a aquellas dos mujeres del mantón.

Riley se estremeció al ver a su amada de Munich y quiso echarse a sus brazos.

Pero la contestación fué un bofetón de los de abrigo.

—Para que no me engañes más — dijo ella.

—Ya he visto salir a esas señoras...

—Te doy mi palabra, Lina, de que esas señoritas son policías.

—Sí. Y supongo que habrán venido a cuidar de que no te pierdas. ¡Parece mentira! Llevas aun en la cabeza los signos de la juerguecita de anoche.

Llevaba, en efecto, Riley, un ridículo y pe-

queño sombrero que le dieron en el cabaret.

—¡No hagas caso!... Me fuí temprano a acostar para tener más tiempo de soñar contigo.

—¡Cuentos policíacos!

Riley no quiso hablar más y abandonó la habitación.

Ella se echó sobre la cama llorando.

Entró David que había recorrido varios hoteles de París, hasta dar con el que se hospedaba el travieso acompañante.

Vió a Lina que lloraba y descubrió después durmiendo debajo de la cama al chofer.

Despertó a éste y preguntóle insistenteamente por su amo.

—Si no encuentra usted al señor Riley, ¿quién le pagará el alquiler del taxi?

Sonrió el chofer, y Lina dijo que Riley no podía estar lejos de allí.

—Tengo que llevarle a Nueva York—siguió diciendo David—... o perderá el empleo.

—¡Pobre Riley!

—Además tengo motivos particulares para apresurar mi regreso.

Salieron al corredor y al fin vieron a Riley que se había ocultado en otra habitación huyendo del furor de Lina, ahora ya en calma.

David por primera vez se mostró muy enérgico con él.

—Señor Riley — le dijo —. Cuando salí de Nueva York, era yo un muchacho... ahora soy un hombre...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que va usted a tomar el tren inmediatamente para El Havre.

—Yo no salgo de París... Voy a poner con el chofer un negocio de taxis — respondió.

—Monsieur — dijo el chofer — el taxi que usted compró, le espera y está a su disposición.

—Pero si no llegaremos a tiempo! — dijo David.

—Sí, sí, el rápido taxi les llevará hasta El Havre a tiempo para alcanzar el vapor!

Lina intercedió también para que Riley no siguiera haciendo tonterías en París, y el policía se dejó convencer.

La muchacha hizo las paces con su amigo.

Y media hora después partían los cuatro hacia la ciudad marítima donde esperaba ya el trasatlántico que debía trasladar al policía a los Estados Unidos.

El vapor estaba a punto de zarpar.

Riley se despidió del chofer encargándose procurarse vender de nuevo el auto y remitirle los fondos.

Así lo prometió el francés,

Lina, llorando, se despidió de él. Y el policía la miró con gran sorpresa.

—Pero, hija mía, ¿no vienes tú conmigo? ¿Has recorrido media Europa para dejarme ahora? Yo que te amo tanto...

—He de preparar aún mi equipaje... Vendré pronto... si me dás palabra de que te casarás conmigo.

—¡Pues no faltaba más! ¡Te lo juro! Es muy triste eso de recorrer el mundo sin esposa... ¡Adiós, chiquilla!... Vendrás en el próximo vapor, ¿verdad?... Te estaré aguardando en el muelle con la licencia de matrimonio y el anillo.

—Sí, sí!

Lina estrechó por última vez la mano de su adorado, y éste y David subieron al vapor.

Desde cubierta el policía hizo varias veces adiós a la muchacha.

De pronto le gritó:

—¡Lina, amor mío! ¿Cuál es tu apellido?

—¡Krausmeyer!

Al oír aquel nombre odiado, que le recordaba al policía rival de Norteamérica, Riley casi estuvo a punto de desmayarse.

Y disgustado se alejó de la borda perdiéndose entre los pasajeros.

Zarpó el vapor...

Lina y el chofer se alejaron...

Entre tanto, David acababa de tener sobre la cubierta un agradable encuentro.

Vió a Mary y a su tía.

Ella, que ignoraba todo lo ocurrido a David, corrió hacia él y le estrechó fuertemente la mano.

—¡Mary! — dijo el joven abrazándola dulcemente. — ¡Te he buscado por toda Europa!

—¡Chiquillo, amor mío! ¡Cómo deseaba verte! ¿Quién iba a pensar en tu viaje?

Y, mientras, un camarero había entregado a Riley un radio que se acababa de recibir para él.

Leyólo el policía y su rostro experimentó una intensa satisfacción.

Fué a buscar a David y lo vió abrazado con Mary. Tocó, sonriente la espalda de ésta. Ella se volvió y saludó, maravillada, al policía de su barrio.

—¡Mary!... ¡Qué alegría!

Con todo disimulo entregó a David el radio-grama y éste leyó:

“Guardia Riley.

“A bordo vapor Victoria.

“David Collins en libertad. Otro empleado confesóse autor robo.

“Murdock, Comandante”.

—Oye, David, pero no me has explicado

como es que el señor Riley estaba contigo en Europa.

—Porque... cuente, amigo Riley, cuente...
Y ella se enteró de toda la triste historia en



...saludó, maravillada, al policía de su barrio.

la que como en los cuentos de hadas resplandecía finalmente la verdad.

Y no hubo travesía más encantadora que aquella de El Havre a Nueva York...

...desde el momento en que se dieron la mano, en la noche de su llegada a Nueva York.

Semanas después se casaban los novios.

Lina había llegado a Nueva York. Había cobrado el importe del automóvil vendido de nuevo en París.

No tardaría en casarse con Riley, vuelto a su obligación de policía.

Terminada la ceremonia de la boda de Mary y David, se dirigieron todos a un restaurán.

Un automóvil lo ocupaban Lina y Riley, solos.

Marchaban a toda velocidad cuando fueron detenidos por un policía a caballo. Era Krausmeyer.

—Serán ustedes multados por ir a marcha prohibida—les dijo, mirando con indignación a Riley, envidioso de que éste hubiese realizado el anterior viaje a Europa.

Luego contempló a Lina y bajando del caballo, corrió a abrazarla.

—¡Lina!

—¡Eitel!

Se besaron y estrecharon fuertemente ante

la estupefacción de Riley que no comprendía las confianzas de su novia con el antipático policía.

Lina aclaró todo.

—Riley, éste es mi hermano a quien no había visto desde hace veinte años. ¿No sabes, Eitel? ¡Voy a casarme con Riley!



Semanas después se casaban...

Ambos policías se contemplaron asombrados... ¡Cómo les unía el destino, burlándose de su odio y de su rivalidad!

—¡Y pensar que habiendo millones de hombres en este país... había de escogerte a ti para cuñado! — rugió Riley.

Krausmeyer sonrió...

—Eitel—le dijo cariñosamente su hermana— cuando nos casemos tienes que venir a cenar a casa con frecuencia.

—Sí, sí... ¡Y trae el caballo!—suspiró Riley, dirigiendo a Krausmeyer una última mirada de furor.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

(4623) 9-12-1928

GRAN ÉXITO
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA
la formidable novela:

La Bailarina de la Ópera

por
Dolores Del Rio y Charles Farrell

En preparación, la obra cumbre del gran MURNAU, director de AMANECER:

LOS CUATRO DIABLOS

BY JANET GAYNOR

¡Lo más grande en cinematografía!

B.

